



Revista Affectio Societatis

Departamento de Psicoanálisis

Universidad de Antioquia

affectio@antares.udea.edu.co

ISSN (versión electrónica): 0123-8884

ISSN (versión impresa): 2215-8774

Colombia

2012

Héctor Gallo, Ángela Jaramillo, Mario Elkin Ramírez

SACRIFICIO Y NEGOCIACIÓN. ALGUNOS OBSTÁCULOS SUBJETIVOS A LAS CONQUISTAS
FEMINISTAS

Revista Affectio Societatis, Vol. 9, Nº 16, junio de 2012

Art. # 4

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

SACRIFICIO Y NEGOCIACIÓN. ALGUNOS OBSTÁCULOS SUBJETIVOS A LAS CONQUISTAS FEMINISTAS

Héctor Gallo, Ángela Jaramillo,
Mario Elkin Ramírez¹

Resumen

Algunas mujeres feministas escuchadas en consulta, se encuentran con que hay un obstáculo subjetivo para ejercer los derechos que han conquistado, una investigación al respecto y publicada como libro: *Feminidades, sacrificio y negociación en el tiempo de los derechos*² revela que más allá de los condicionamientos culturales del patriarcado, estas mujeres deben resolver un asunto con su superyó femenino para salir de este impasse. El presente artículo es una reflexión-síntesis de dicha investigación.

Palabras clave: sacrificio, mujer, feminidad, superyó.

SACRIFICE AND NEGOTIATION: SOME SUBJECTIVE OBSTACLES TO THE FEMINIST CONQUEST

Summary

Some feminist women seen in consultation, find a subjective obstacles to the feminism conquest;

¹ Héctor Gallo y Mario Elkin Ramírez son Psicoanalistas Miembros de la Asociación Mundial de Psicoanálisis y de la Nueva Escuela Lacaniana-sede de Medellín, Ángela María Jaramillo es Asociada de la Nueva Escuela Lacaniana-sede de Medellín, los tres son profesores en el Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia.
hectorgallo1704@yahoo.com.mx
angelajara832@yahoo.com.mx
marioelkin@gmail.com

² Héctor Gallo et al. *Feminidades, sacrificio y negociación en el tiempo de los derechos*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2011.

one research about that matter and published as the book: *Feminities, sacrifice and negotiation in the time of rights* reveals that beyond the cultural conditioning of the patriarchy, these women have to solve an issue with their feminine superego to overcome this impasse. This article is a reflection-synthesis of such research.

Keywords: sacrifice, woman, feminities, superego.

SACRIFICE ET NEGOCIATION. QUELQUES OBSTACLES SUBJECTIFS AUX CONQUETES FEMINISTES

Resumé

Certaines femmes féministes entendues en consultation se trouvent avec un obstacle subjectif pour exercer leur droit qu'elles ont conquis. Une recherche sur ce sujet, publiée et un livre publié sous le titre: *Feminités, sacrifice et négociation dans le temps des droits* démontre qu'au-delà des conditionnements culturels du patriarcat, ces femmes doivent résoudre une affaire avec leur supermoi afin de sortir de cette impasse. Cet article est une réflexion-synthèse de cette recherche.

Mots clés: sacrifice, femme, féminités, surpermoi.

Recibido: 29/01/12 **Evaluado:** 17/02/12 **Aprobado:** 03/03/12

Introducción

Es lógico esperar que las conquistas del feminismo hubieran producido una profunda modificación en la estructura subjetiva de las mujeres. Ciertas condiciones culturales promotoras de su exclusión sin duda habían inscrito, en éstas, características como el silencio, la sumisión y el sacrificio. Transformada la legalidad que servía de soporte a esa situación de segregación, anonimato y sometimiento, era consecuente con ello que se promoviera también una transformación en sus actitudes y posiciones subjetivas.

La experiencia de trabajo con grupos de mujeres³ y la clínica particular, permitieron poner en cuestión la expectativa a la que se acaba de aludir, pues a menudo se constata que no son suficientes las innovaciones en la esfera legal y social, ni la independencia económica o los logros académicos y laborales de las mujeres, para que en lo subjetivo se produzca una transformación acorde con la efectuada en dichas esferas.

En la consulta y en el trabajo institucional con mujeres se constata que no todas se muestran capaces de servirse de ciertos beneficios adquiridos y admitidos socialmente, cuestión que nos interroga, no por suponer que sea imperativo que todas se muestren liberadas, sino por ser paradójico que a la par que se ganan derechos, aumentan las mujeres maltratadas en sus relaciones familiares y de pareja. Este fenómeno es indicador de que la ley que castiga la violencia intrafamiliar y las diversas campañas diseñadas para dar cuenta de las posibilidades de los mecanismos de protección amparados por esta ley no han arrojado los resultados esperados. Se incrementa la violencia contra las mujeres por parte de sus parejas y, al mismo tiempo, encontramos la paradoja que sea común que las afectadas se muestren renuentes a servirse de las leyes y de los mecanismos diseñados para poner límite a esta situación.

Nos llama la atención un detalle que desde el punto de vista psicoanalítico tiene un valor significativo fundamental: una expresión a menudo encontrada en mujeres localizadas en posición de madres en su relación con el Otro.⁴ Al interrogarse por sus formas de hacer vínculo, ellas se responden a sí mismas: “no tengo derecho, no lo merezco”, como una impresión subjetiva de no merecer el tiempo libre, hacer uso de su dinero en sus propias cosas, de disfrutar aquello que antes les era vedado, y todo esto en contradicción con

³ Este trabajo se realizó desde la *Corporación Vamos Mujer*, ONG de Medellín cuyo propósito es el trabajo con grupos y organizaciones de mujeres de sectores populares, con el objetivo de intervenir las violencias ejercidas contra las mujeres y de promocionar la participación política, entre otros.

⁴ El *Otro* es un concepto lacaniano con el cual se hace referencia al lugar de donde parten los significantes amos (ciertas palabras claves) que gobiernan la vida de un sujeto y definen su historia particular. En la medida en que el inconsciente se constituye como el discurso del Otro, se entiende que un sujeto llegue a encontrar su destino encarnado en un dicho, por ejemplo, proveniente de la madre, del padre, de lo social. Esta particular constitución del sujeto es un factor que hace importante un psicoanálisis, para poder entender en qué consiste la función de tales dichos y devolver al sujeto la libertad de elegir identificarse o resistirse a eso a lo que puede destinarlo dicho destino.

su discurso político.

“Tú no tienes derecho”, “tú no mereces”, no son significantes que en la actualidad vengan del Otro externo que legisla, sino de la intimidad misma del ser. Si bien mujeres que permanecen en relaciones de pareja violentas pueden quejarse ante la Comisaría de familia del maltrato que reciben, lo interesante clínicamente es que es común que el buen trato no llegue a ser una demanda que anuden a un derecho objetivo, cuestión que se verifica, por ejemplo, en el hecho de que en los días subsiguientes al encarcelamiento, sea reiterativo que estas mujeres vengan a retirar la demanda contra sus tiranos domésticos. ¿Por qué sucede esto? ¿Acaso hay quienes no asumen en la subjetividad el buen trato como un derecho posible?

Otra cuestión directamente relacionada con tales expresiones es el factor económico. Los movimientos sociales de mujeres han logrado que se legalice y legitime la posibilidad de trabajar y acceder a un ingreso por ello. Pero en no todas el dinero que devengan gracias a su trabajo se traduce en autonomía. Sorprende que todavía en pleno siglo XXI se encuentren mujeres que entran en conflicto con el solo hecho de albergar la idea de invertir parte de su dinero en la adquisición de bienes o en actividades que les reporten satisfacciones personales. Invertir tiempo y dinero en el bienestar del otro más íntimo equivale a sentirse en paz consigo mismas y no desajustarse del deber ser. Pero cuando se trata de conducirse generosamente con ellas mismas, la idea es rechazada, porque consideran no tener derecho de hacerlo.

¿Qué elementos de la subjetividad de estas mujeres impiden la producción de transformaciones íntimas consonantes con las transformaciones sociales conquistadas por los movimientos de mujeres?, es la pregunta que se trata de dilucidar en esta investigación, siguiendo las coordenadas de la subjetividad. Esta pregunta no supone que, como autores, nos inscribamos en la idea de que sería imperativo que se produjeran dichas transformaciones, porque de lo contrario habría que buscar en las mujeres alguna patología que lo explique; pero sí nos interesa comprender, más allá de un análisis sociológico, antropológico y psicológico, por qué sucede y qué variantes se encuentran al respecto. También nos ocupamos de establecer: ¿en qué factores subjetivos se sostiene la certeza de “no tener derecho” y por qué ponerla en duda moviliza un real íntimo relacionado con una trasgresión en el orden de la responsabilidad subjetiva?

La exclusión parece haber adoptado la forma de una certidumbre íntima. Antes, las mujeres no tenían derecho debido a una segregación social real; hoy, su “no tengo derecho” se debe, en algunas, a causas imaginarias y esto tiene efectos en la localización real del sujeto en el plano simbólico. En las mujeres que eligen, consciente o inconscientemente, vincularse con el otro desde una posición materna, se produce una inhibición semejante a la creada por leyes y costumbres existentes antes de la promulgación de derechos e

igualdad para ellas.

En esta investigación se trata de lo que escuchamos respecto a lo que en la subjetividad se ha instalado como impedimento para poner en primer lugar los propios proyectos en nombre de ideales relativizados e interrogados por los discursos y las conquistas feministas. Por ello, en las entrevistas se tuvo especial cuidado de privilegiar la singularidad del entrevistado y de mantener la separación entre *significante* y *significado*.

La desaparición del juicio crítico en algunas mujeres, hasta el punto de sostener ciertas posiciones poco favorables para sí mismas sólo para darle consistencia a cierta dimensión devastadora del Otro, es un aspecto que, en lo concerniente al análisis de los datos recogidos de las entrevistas realizadas, no permite proceder por comparación con la realidad. Ese juicio crítico se pierde cuando se trata de los mandatos interiores que las empuja a la privación irracional de aquello que finalmente obtuvieron luego de ardua lucha y conquistas políticas y esto en una oposición franca con la realidad social que al contrario las admira e invita a gozar de los derechos que han conquistado.

Los ejes que orientaron el análisis del material fueron el *sacrificio*, la *negociación* y el *costo*, categorías que no se concibieron a priori, sino que emergieron en las entrevistas realizadas a mujeres y se analizaron siguiendo la lógica de las conquistas feministas y de los obstáculos subjetivos.

La formalización de estas categorías fue efectuada en la investigación progresivamente y se procuró que, de principio a fin, se subordinara a la concepción psicoanalítica del sujeto, la cual no es formulada abiertamente en el texto, sino puesta en acto como soporte interno en la construcción realizada.

Las categorías emergentes nos orientaron y de paso nos obligaron a una mayor precisión de los conceptos sobre la feminidad en el psicoanálisis de orientación lacaniana, pues aquellas no hacen parte del acervo conceptual de esta disciplina. Tales categorías amplían su horizonte, como algo nuevo que viene a nombrar, por un lado, un modo de ser, una posición o un sentimiento antiguo —*el sacrificio*—, transmitido a algunas mujeres por sus madres; y, por otro, una práctica y una estrategia —*la negociación*— que ha sido exitosa para las mujeres en el ámbito político y público, cuando se trata de conquistar la equidad ante la ley, pero que cuando quieren llevar esa negociación al ámbito privado, hay dificultades, porque se encuentran con irreductibles que no entran a ser negociables en la pareja o en la familia.

Sacrificio e ideal

En algunas mujeres entrevistadas fue común encontrar la expresión “sacrificio”, la cual se filtra por distintas vías, pero casi siempre referida a la posición de madre. Con frecuencia, el sacrificio se articula a un deber ser, se enraíza en una deuda que no hay cómo pagar y se inscribe en el contexto de un amargo reproche.

Cuando en el discurso de la madre se instala el significante *sacrificio*, es común que no fuera bajo la forma de la contingencia o como un período de transición, sino como una forma de emplazamiento, arraigado en una posición en la que prevalece una sensación temporal de eternidad. La particularidad de esta sensación es no poder integrar a la lógica de la vida consignas que si bien pueden llegar a ser reconocidas como liberadoras de algo que han sentido como un yugo, no encuentran cómo salir de la servidumbre forzada. Esta larga duración de lo sacrificial en el psiquismo de un sujeto involucra una marca que insiste en ser perenne, una marca que fue, es y será.

En el mundo cristiano, el significante más cercano y coherente con el sacrificio es el de *madre*, (cuando se piensa en el amor incondicional de la madre por el hijo) aunque también entra en escena el hijo de Dios, si se tiene en cuenta el sacrificio de Jesús en la cruz, con el objeto de redimir a los pecadores. De todas maneras, es común que la madre aparezca, de manera insistente y repetitiva, ligada a sacrificio, como valor positivo o negativo, mientras que el padre parece haberse desplazado de ese lugar al de hijo o esclavo y, por último, hacia la irresponsabilidad, la debilidad, la desidia o la deserción.

“*Sacrificio*” tiene por raíz el verbo sacrificar. Su etimología se remonta al latín *sacrificāre*. Se trata del don de algo valioso en reconocimiento, en nombre de un ideal. En la tradición religiosa hebrea o cristiana, la ofrenda se da en nombre de la idea de Dios. El sacrificio quiere involucrar una dimensión divina, trascendente, metafórica. Se hace en nombre de un gran Otro y su ritualización incluye la alabanza, un dios.

El sacrificio es tanto activo: “el sacrificio de Abraham, el sacrificio hecho por Abraham”, como pasivo: “el sacrificio de Isaac por Abraham”. En el estudio que se ofrece el sacrificio pasivo se presenta cuando la madre se ofrece como objeto sacrificial privándose de su tiempo, su realización personal etcétera, para darle prioridad a aquello que sus hijos o su pareja desean o necesitan. El sacrificio activo es que ellas sacrifican esas mismas cosas con un cierto entusiasmo en nombre del ideal, pero luego, cuando los hijos están grandes pretenden que ellos a su vez sacrifiquen parte de sus propias vidas para resarcirlas. En el cristianismo, el sacrificio de Jesucristo en la cruz se vuelve paradigma de un tipo de amor, que implica hacerse ofrenda, someterse al servicio de la divinidad, para la redención del género humano. La perpetuación de la presencia de ese sacrificio se continúa en el rito de la misa, en la hostia consagrada, que representa la ingestión del

cuerpo y la sangre de Cristo. Así es como el sacrificio se vuelve sacramento, juramento que, entre otros, abarca la vida de un cristiano.

Más allá de la dimensión del don, en homenaje a un ideal, en su etimología se denota el castigo, pero no como corrección o venganza, sino como expiación. Aquí el castigo no tiene el valor de hacer justicia debido a una transgresión que se penaliza, sino de purificación de una falta y tiene un profundo valor simbólico. En el castigo sacrificial, la víctima se vuelve un chivo expiatorio que sufre para lograr hacerse perdonar del dios todopoderoso; de ahí que en su fundamento hallemos el pecado y la culpa.

El sacrificio incluye una gran violencia, dado que se lleva a cabo bajo la certeza de que hay un Otro que lo exige para estar satisfecho o, en su defecto, para ser apaciguado en su furia. La ofrenda al Otro que goza de un poder absoluto deviene una víctima que se inmola. En sentido figurativo, se trata de arriesgar algo o alguien, puesto en situación de abandono, de descuido o de muerte, pero en provecho de un fin o de un interés valorado como superior a lo sacrificado. El sacrificio pasa por la sujeción y la atadura resignada de la víctima. Hay que obedecer sin queja, dar el consentimiento a la violencia que se imponga. El sacrificio es un acto, así sea sagrado; es acción y no palabra. Aquí se simboliza una alienación fundamental: el desprendimiento del sujeto de aquello que libremente elegiría. Se trata de un movimiento hacia la privación de algo a lo que se tiene derecho, por consideración a un ideal superior.

El sacrificio es una acción con consecuencias y es realizado en nombre de un ideal altruista. El sacrificado, inscrito en el ideal referido, se inmola invadido por la manía, inspirado en el frenesí, el arrebató, el ímpetu, la furia del orgulloso amor. El amor propio del sacrificio es incondicional; y cuando no conoce límites, deja de constituirse en un don, y se vuelve signo de irracionalidad y locura.

Se dice popularmente: “me ha tocado hacer grandes sacrificios para darle educación a mis hijos”, “hay que sacrificarse para poder lograr lo que se quiere”, “sin dedicación y sacrificio no hay éxitos posibles”, “lo he sacrificado todo por el servicio a la patria”, “he sacrificado mi juventud trabajando en aras de un mejor mañana”. Lo cierto es que el sacrificio, sin importar en qué contexto se evoque, implica sometimiento, disciplina, dedicación, renuncia a sí mismo; también es una forma de generar en el otro una deuda que después no hay con qué pagar.

El sacrificio también implica privarse de una cosa apreciada para asegurársela a otro o, en todo caso, para protegerlo y salvarlo. Esto sucede cuando se sacrifica la vida o la fortuna para salvar la de alguien amado. Se puede también sacrificar el tiempo, la reputación y el honor para que otro lo conserve, o el placer del reposo, porque otro tiene necesidad de la presencia despierta de la persona sacrificada. En esta misma lógica pueden

sacrificarse la felicidad, los intereses particulares, las ambiciones y las pasiones, para cumplir con el deber.

Al respecto, una de las entrevistadas declara:

“[...] como yo no había tenido la oportunidad de entrar a la universidad, trabajaba para que ellos [los hijos] estudiaran lo que quisieran. La idea era que se hicieran profesionales, no necesariamente en lo que necesitaran para trabajar, sino que fueran profesionales en lo que quisieran [...]. Cuando mis hijos eran pequeños pensaba que trabajando evitaría que se quedaran sin estudiar; era consciente de que si no trabajaba, él [su esposo] podía responder por la casa, pero en lo básico, pues más allá, en los demás gastos, no tendría la posibilidad él solo de hacerse cargo. Luego que ellos crecieron, alguien me decía: “tu sueño era que tus hijos se hicieran profesionales”. “Estuve donde la psicóloga y trabajé mucho tiempo mi resentimiento, porque yo no pude ser lo que quería, yo quería ser profesional y no pude”.

De este testimonio se deduce que no basta con elegir sacrificarse por algo, en este caso los hijos, para que con ello se elimine cualquier malestar subjetivo al respecto, aquí, un resentimiento inconsciente, del que tiene noticia gracias a un trabajo personal que realiza. Esta mujer elige trabajar para darle una mejor vida a los hijos y ayudarle al esposo a ese respecto, realiza un sueño personal; sin embargo, lo paradójico es que esto no impide que experimente por ello cierto malestar difuso, porque el precio que pagó por realizar su sueño de madre, le impidió renunciar a otros logros como el de ser profesional.

En algunas mujeres-madres que en la actualidad todavía conservan a la familia como un significativo amo, que se convierte en agente de los principios que rigen sus comportamientos, el imperativo que modela sus actos no es el de reivindicar sus derechos y autonomía, sino un aparente *no a la satisfacción propia*.

Decimos “aparente”, porque en las prácticas cotidianas y en el contexto de la vida familiar se encuentran mujeres que valoran el hecho de comportarse como madres sacrificadas y abnegadas, sin que lo vivan como una desgracia. Si bien es cierto que *sacrificio* y *abnegación* son significantes que remiten a una posición en la que aparentemente se quiere lo mejor para el otro y nada para sí, esto no es del todo cierto, porque bajo ese semblante también se esconde un querer, a descifrar en el caso por caso. Nadie se sacrifica por *nada*; se espera del Otro una recompensa que ojala sea de amor, reconocimiento y aceptación.

De esto se desprende que el tipo de sacrificio que en efecto puede hacer desgraciado a alguien es aquel en el que no se recibe recompensa del Otro. La consagración sacrificial de la vida a algo que se considere sagrado, la familia, por ejemplo, espera del Otro un testimonio de valoración, una manifestación de que lo hecho produce satisfacción. Entonces, cuando una madre define, por ejemplo, los sitios de esparcimiento y la organización de sus horarios dependiendo de la comodidad y el beneficio de los hijos y del marido, no lo hace únicamente porque sea una sometida que renuncia a sus derechos, también porque es su manera particular de seducir a aquellos. No es que una madre sacrificada no haga lo necesario para su satisfacción; más bien

diremos que busca un modo de satisfacción distinto al que las feministas esperan encontrar haciendo valer la igualdad de derechos y de oportunidades. “No hay sacrificio que no suponga Otro a seducir por la vía de ese sacrificio, un Otro que te dirá: ‘Está bien, ¡Lo disfruto! ¡Gracias!’. ‘Sacrificándote te haces amable’”. (Miller, 2004: 77).

Si bien puede demostrarse, de diversas maneras, que inscribirse y orientarse en la lógica de la vida por aquello que se adquiere en el orden ideológico no es algo que se logra de facto, la razón por la cual esto sucede va mucho más allá de comportarse como si se tuviera el sentimiento de no tener derecho al derecho. Hay una satisfacción que buscan obtener aquellas mujeres que deciden no reclamar ciertos derechos femeninos y puede decirse que no es menos válida que la obtenida por la vía de la reivindicación.

El sacrificio denota una extraña complacencia con la disparidad y el dominio; se enraíza en el ideal cristiano del amor al prójimo, que es donde tiene su soporte ideológico más fuerte. Sufrir, sin hacer nada para dejar de hacerlo, al parecer es lo propio de una posición sacrificial como la materna, hecho que revela la presencia de un goce pulsional en juego. Otro elemento de goce inconsciente, que se entrelaza con dicha posición para entrar a perpetuarla, es la exigencia, callada o abierta, de que los más allegados asuman su sacrificio como una virtud y, también, como ya se dijo al comienzo de este texto, hay que tener en cuenta la demanda de amor que supone lo sacrificial.

De lo que se trata aquí es de una elección forzada: la de perder o dejar de cumplir algo, en aras de otra cosa a la que el sujeto se consagra enteramente. Vivir en función del otro equivale a borrarse para que sea otro quien pase a primer plano. Así, por ejemplo, una madre abnegada es aquella que elige mantener silenciada otra parte de sí que se opone a la abnegación por el hijo y la pareja.

Desde esta perspectiva, sacrificarse denota hacer la voluntad de Otro, conformarse a Otro, (Robert, 1988) obedecer, tener servilismo, asumir la posición de sometimiento, de subordinación.

La expresión “sacrificio” tiene diversos sentidos, pero en su aspecto más general tipifica una demanda de amor y, al mismo tiempo, un tipo de amor “abnegado”. Este amor, en la actualidad, ya no pasa por el rito sangriento y cruel que reduce a la víctima a la más mínima expresión y la despoja de todo derecho al derecho, sino por el sometimiento a un deber ser. Una mujer que como madre se define por el deber, puede suceder que ofrezca al hijo un amor desmedido e incondicional, pero al reducir su acto de amor a una cuestión parecida a la beneficencia, al querer darle todo sin negarle nada a cambio de que la ame y realice cuanto ella le pida, le niega un deseo que le permita civilizar sus pulsiones. Se lo niega, porque el deseo no se fija allí donde se produce la saciedad, sino en donde algo queda faltando.

De acuerdo con las entrevistas realizadas y con la clínica de todos los días, la queja de madres angustiadas porque sus hijos no han respondido a lo que esperaban de ellos después de tantos esfuerzos, tiene que ver con un pedido de amor y consideración hecho por la vía del sacrificio. Esta posición sacrificial es común encontrarla en algunas mujeres que, por hacer prevalecer en ellas el lado madre, la convierten en modelo de relación con el hijo e incluso con la pareja. Suele ser también el tipo de amor que la madre de los hombres que dichas mujeres eligen como pareja, les transmite a ellos como modelo de relación matrimonial.

Culpa y superyó

Dado que aquello que se instituye subjetivamente como imperativo materno es uno de los nombres del *superyó*, pues resulta más fuerte que la decisión consciente de no sacrificar el ser en aras de los hijos y el marido, lo inesperado que a veces sobreviene, allí donde se intenta transgredir dicho imperativo, es una culpa cristalizada en la severidad de ciertas imposiciones que suelen ser más fuertes que la voluntad, la formación ideológica y las convicciones intelectuales.

Refiriéndose a su madre, una mujer entrevistada dice lo siguiente: “sacrificio’ era la palabra con la que hacía sentir culpas a las demás personas, a los hijos y a las hijas”. Su sacrificio “se quedó” como una modalidad perenne de inculpar al otro. “Yo me he preguntado muchas veces si fuimos nosotros quienes la sacrificamos o fue ella misma la que se sacrificó”.

Explicar tales situaciones, como la testimoniada, por la influencia de una tradición externa cultural que somete al sujeto y que sería reforzada, por ejemplo, por la conducta de un esposo al que le parezca natural la equivalencia entre mujer y sacrificio, es algo simplificador del problema. Más allá “del mandato patriarcal de incondicionalidad materna, que deja su huella culposa en los deformados corazones femeninos” (Coria, 1997: 43) la clínica psicoanalítica se ocupa de la función causal de cierta tradición de goce sacrificial.

Decimos “tradición” en la medida en que reporta beneficios fantasmáticos de los que el sujeto nada sabe y que se revelan en un trabajo del sujeto destinado a participar activamente, como bien lo percibe Clara Coria, “en su propia insatisfacción”. (Coria, 1997: 43) Este trabajo tiene que ver con un sentimiento de culpa inconsciente, del que se vale para atacar cualquier situación que implique insatisfacción para el sujeto.

Proponemos una hipótesis de trabajo: la culpa, ya no tomada en la perspectiva del remordimiento consciente, sino de una imposición inconsciente del superyó materno, sería uno de los nombres más ilustres del obstáculo subjetivo con el cual se estrellan algunas mujeres para poder servirse adecuadamente de la

conquistas emancipadoras logradas por los movimientos feministas.

Como la culpa no se manifiesta de la misma manera en cada sujeto, una clínica posible de la culpa en su relación con el sacrificio nos mostrará los modos particulares de aquella de anudarse a significantes serviles, de indefensión y no negociación. Estos significantes dan cuenta de una marca que conduce al ser a someterse, sin protesta ni rebelión, a ciertos imperativos indignos y degradantes, bastantes útiles para deprimirse.

Anotemos de nuevo que el testimonio evocado hace un momento nos indica que el amor sacrificado de la madre no siempre hay que definirlo por una servidumbre desinteresada e incondicional. No siempre la madre se sacrifica sin exigir recompensa alguna. La madre a la que se hizo referencia tenía la particularidad histérica de permanentemente cobrar su sacrificio con quejas, demanda de “agradecimiento”, reciprocidad y compensación por la vida a la que había renunciado. Lo que así se revela no es una incondicionalidad, sino un altruismo basado en el egoísmo de recibir con base en el fortalecimiento de la culpa en el otro.

El hijo de esas madres abnegadas que lo sacrifican todo por él, no es precisamente el rey que se le quiere hacer creer que es, sino, más bien, un esclavo convertido en destinatario de una deuda simbólica impagable. Esclavo de una deuda que no se agota, le hará vivir con el sentimiento de que nada de lo que haga por la madre abnegada será suficiente para compensar su sacrificio. Ser reconocido por la deuda que se tiene implica no poder autorizarse a desear nada que no sea satisfacer la demanda del Otro.

La vía de la culpa se convierte en un instrumento subjetivo de transmisión, no precisamente de la ley, sino de un imperativo que puede enunciarse así: “una mujer casada debe permanecer en la casa al cuidado del esposo y de los hijos”. Este *deber*, en los casos en que se capta clínicamente como ley materna caprichosa, nunca llega a ser asumido gustosamente por aquellas mujeres que cifran su presencia en la casa al cuidado de los hijos y el marido como un encierro del que hay que liberarse. La madre de una de las entrevistadas decía: “yo me quedé aquí sacrificándome por ustedes, cuidándolos para que no les pasara nada, y sigo aquí *encerrada*”.

Usar la equivalencia de la casa al encierro para quejarse y cobrar con mortificación, implica mostrar la abnegación, ya no como algo natural de las madres, sino como una desgracia causada por el otro. Allí donde una hija cifra esa posición materna como degradación del ser, su salida al mundo laboral será la manera expeditiva de combatir la identificación posible al estrago del sacrificio. Esta mujer no se representa psíquicamente su trabajo como una maldición, una esclavitud, una forma de sacrificio, una condena, un modo de explotación capitalista, sino como lo que le permite diferenciarse radicalmente de su madre y no estar

encerrada, que es como se representa su permanencia en una casa.

Ese tipo de madre que se sacrifica para endeudar con ello a todo el mundo dentro de la familia, para transmitirle al hijo que de no vivir para recompensarle sus desvelos es mejor morir, es en la vida psíquica de una mujer la opositora número uno de sus conquistas feministas, y en la vida de un hijo varón, de su posibilidad de hacer una vida de pareja. Y si a esto se le agrega un esposo que espera de su mujer que se sienta halagada por servir y por asumir exclusivamente la responsabilidad de la armonía familiar, la lucha será doble.

Una de las entrevistadas dice de sus hermanas: “[...] la mayor y la segunda se casaron y se quedaron en la casa [...]. Una vez yo decía: “no sería capaz de quedarme en la casa”, [...] porque no tengo ese espíritu de limpiar. [...] Estar encerrada es como si se volviera una rutina [...]. No quería quedarme en la casa porque siempre me aterró [...], quedarse encerrada en la casa haciendo oficio, yo no lo soportaría.”

Esas frases dan cuenta de un cuestionamiento del discurso materno, cuando este resulta encauzado a buscar que las mujeres se queden en la casa. Asociar la permanencia en la casa familiar con el encierro, la rutina, la dependencia, lo insoportable y poco halagador, y el trabajo con libertad e independencia, volverá urgente, en un sujeto, no darle consistencia a la identificación con ningún rasgo sacrificial de la madre.

Romper con la identificación anotada es una condición subjetiva sin la cual no será posible legitimar íntimamente la negociación, la cual puede convertirse en una lucha de toda la vida: “no quería quedarme en la casa porque siempre me aterró [...], pensaba: qué vida tan mala, uno todo el día no pensando sino en el oficio, en ver la telenovela. A mí no, [...] he sentido como que hay veces que se llena la vida con la vida de otros”.

Lo anterior esboza un presupuesto subjetivo de la negociación: “decidir no llenar la vida con la vida de otros”, cuestión que implica hacerle entender a los hijos “que yo no era como para quedarme en la casa”. La manera como esta mujer se siente mujer, es sosteniendo, como posición subjetiva innegociable, que no está dispuesta a dejar a un lado los proyectos propios para evitar el malestar de los otros.

La transmisión de la posición anotada, en contra de cualquier tipo de sacrificio, no solo es captada por los hijos, sino comprendida, una mujer en ese aspecto, cita el decir de uno de sus hijos: “yo creo que si usted se hubiera quedado en la casa con nosotros nos habríamos enloquecido; usted aquí, mejor dicho, se hubiera puesto de un genio; no sé a quién darle las gracias, si a Dios o a quién, que usted decidió trabajar toda la vida”.

Una manera de señalar lo alienante que para algunas mujeres resulta quedarse en la casa, es mostrando una especie de desasosiego e intranquilidad enloquecedora: *“si yo me quedo un día en la casa soy muy obsesiva, me tengo que ocupar de hacer algo, porque no soy capaz de quedarme sentada, organizo aquí y allá y les digo: ‘vea como tienen esto, limpien esto, ustedes no le ponen cuidado a las cosas’”*.

Del planteamiento realizado hasta aquí sobre el cuestionamiento del sacrificio se desprende la siguiente hipótesis clínica: mientras el trabajo remunerado de una mujer sea su respuesta a los imperativos maternos que la siguen agobiando, y no el producto de un deseo tranquilo y sosegado,⁵ dicho trabajo se mantendrá como un imperativo que presiona e intranquiliza.

La negociación

Si uno de los nombres de la ausencia de negociación es el sometimiento sacrificial, bastante próximo a una posición de cobardía frente al Otro convertido psíquicamente en todopoderoso, la contrapartida de esta indigna posición es la negociación. No se conduce igual en la relación con el Otro significativo, alguien cuya posición subjetiva es el sacrificio incondicional y alguien que elige, a pesar del amor, no aceptar la subordinación sin reglas que la regulen. No decimos que la conquista de un deseo propio sea el antídoto contra la subordinación o que con la negociación ya no habrá más sometimiento de ninguna clase, sino que deseo y negociación, igual que los comités de ética, ayudan a limitar, por distintas vías, la tentación de tiranía del Otro que detenta el poder.

Negociar se opone al sacrificio, porque implica regirse por un contrato en igualdad de condiciones y bajo la premisa de un reconocimiento recíproco como sujetos de pleno derecho que comparten deberes, fijan límites y definen libertades. El acceso de las mujeres al contrato social las ha nutrido de elementos legales para hacer posibles diversas conquistas que han servido de límite a los excesos del Otro cultural, siempre alerta para imponerse.

Si en el ámbito público el acceso al contrato ha sido de gran eficacia, es importante preguntarnos si su traslado como negociación al ámbito privado tiene los mismos efectos, o si, por el contrario, surgen allí

⁵ Debe aclararse que la expresión “deseo tranquilo y sosegado” no remite a ningún deber ser, al hecho de que un obrero, por ejemplo, deba llegar a acomodarse a la explotación capitalista del patrón sin protestar, ni mostrar su desacuerdo cuando le exigen satisfacer los imperativos de la productividad. Lo que se quiere decir es que la conquista de un deseo por parte de un sujeto, le permite justamente separarse de los imperativos del amo de la productividad, que es lo que causa el llamado “estrés”, para así poder llegar a elegir aquello de lo que se quiere ocupar y no hacerlo de manera imperativa, siguiendo los designios íntimos del “tengo” o los externos del “tienes”, sino más bien apegado a la fuerza del “me apasiona”. No son muchos los que pueden lograr esto en las actuales condiciones de desocupación, pero tampoco puede decirse que no existan.

cuestiones no calculadas o algo que no se deja atrapar. Pasemos, pues, a elucidar este punto, tomando como referente otras entrevistas realizadas.

Sacrificio materno versus el ideal liberador del ser mujer

En varias de las entrevistas realizadas a mujeres que trabajan en el ámbito comunitario, se encontraron afinidades y diferencias en su manera de resolver los asuntos domésticos para mantener su elección. Una de las entrevistadas, mientras fue estudiante universitaria, trabajó con mujeres campesinas y desde antes, cuando era adolescente, hizo una pequeña revolución doméstica, porque se opuso a ser la encargada de servirles a sus hermanos, mientras ellos se sentaban a esperar.

La revolución doméstica, entendida como una forma intuitiva y astuta de defender una posición distinta a la que en ocasiones se pretende transmitir en el contexto familiar, suele ser, en algunas mujeres, una antesala del movimiento hacia conquistas externas a lo familiar.

Si la sensibilidad familiar en una mujer-madre surge del imperativo del deber a veces traducido en sacrificio, ¿de dónde surgirá la fuerza para revelarse en una mujer y, concretamente en el caso evocado, su sensibilidad por el trabajo comunitario? Si la posición materna se caracteriza por la bondad, la ternura y el amor incondicional, ¿qué caracteriza la posición de una mujer cuando exige la negociación y, además, es sensible a lo comunitario?

Lo primero que se debe anotar es que ese tipo de mujer no se conforma con el orgullo de ser buena madre. Necesita, también, ser reconocida por no haberse conformado con resolver, mediante la maternidad, la pregunta por lo que significa ser mujer. Una mujer entrevistada habla, por ejemplo, del despertar temprano de una interrogación por la existencia. La respuesta la encontró, después de muchas negociaciones, en lo comunitario, hecho que enalteció su ser femenino.⁶

Otra mujer nos dice:

“[...] pienso que ahí —en la sensibilidad por lo comunitario— hay una experiencia personal, hay un recorrido mío, en cuanto a una experiencia creyente; es una experiencia de fe que ha tenido mucho que ver con una

⁶ Hay mujeres a las que las enaltece en su ser femenino ser madres y comportarse en la relación con el otro como seres protectores, pero hay otras a las que no. Si esto se examina a la luz del discurso feminista, la posición de la primera es criticable, se le considerará alienada a una ideología machista, mientras las segundas servirían de modelos a seguir. Para el psicoanálisis no hay ningún modelo a seguir que se considere mejor que el otro, porque la cuestión no sería abordada a partir de ideales, ni de tradiciones, sino de un análisis de las posiciones femeninas del ser, posiciones que no son buenas ni malas, pero que sí tienen consecuencias en la vida.

pregunta de qué hago en el mundo y qué sentido tiene mi vida. Es como esas preguntas existenciales que se hacen en una cierta clave creyente, [...] a mí me ha permitido vivir con mucha libertad el trabajo comunitario, más que si esta experiencia existencial de fe vivida por mí se limitara a la estructura de la Iglesia católica.”

Es interesante ver que, tanto en el caso de una posición que implica un sacrificio consciente hacia dentro de la familia, como en el caso en donde se enuncia una liberación de su yugo gracias al gusto por el trabajo comunitario, el telón de fondo que sostiene la posición sea el de la fe cristiana. Esto quiere decir que no es lo mismo un deseo puesto en acto en una decisión por lo comunitario, que la sensibilidad por lo comunitario fundada en una especie de profesión de fe. Lo comunitario como espacio en donde un deseo de construir saber por la vía de la investigación sea puesto en acto, no implica una posición subjetiva igual a la del “me encanta lo comunitario, lo hago porque no tengo más nada que hacer, así no me aburro y ocupo el tiempo”.

Bajo el mismo fondo religioso referido también suele aparecer la madre para empujar a una hija a elegir de manera directa el sacrificio de su vida. En estos casos se puede evocar manifiestamente el amor materno como causa superior. En cuanto al amor comunitario, así se presente como forma de revelarse al mandato materno del sacrificio, si su apoyo es la fe, se inscribirá en la misma lógica de lo que suele llamarse, por ejemplo, militancia, vocación de servicio o claridad política.

La rebelión, de algunas mujeres amantes de lo comunitario, a la idea de trabajar en nombre del amor materno, es solo aparente mientras se insista en que su realización personal pasa por cierta clave de fe y vocación de servicio. Este aspecto subjetivo se hizo notable en una mujer con la que hablamos, al menos en dos vertientes: ofrendando, por un lado, el resultado de sus logros personales a los hijos y, por otro, dedicándose a lo comunitario, así fuera sin remuneración.

El mismo fondo cristiano, aunque por distintas vías, puede imponer cierta alienación a alguna causa superior, que puede ir del amor a los hijos hasta el amor a Dios, o a la revolución, el cual puede realizarse bajo la forma de un servicio a los menos favorecidos.

A la pregunta por el sentido de la vida —que no todo el mundo se hace, y que una madre, *en algunos casos*, sofoca con la respuesta anticipada del sacrificio por los hijos— puede suceder que se responda con la fe en Dios o con una vida de creyente al servicio del desfavorecido. Allí donde este servicio no pasa por el gobierno de una institución eclesiástica, pierde su inscripción de promesa sacrificial hecha a un Otro que la exige, pues se considera algo menos obligatorio y más vivencial, más existencial. No sentir que en el servicio comunitario se complace a un jerarca eclesiástico o a un líder con intereses políticos, sino que se está siendo consecuente con una elección vivencial, puede aportar cierta sensación subjetiva de libertad, en lugar de un hastío que corresponde al sentimiento de haber sido empujado por Otro superyoico a una esclavitud

sacrificial.

En los casos en que una elección femenina consagrada por fuera del registro familiar se siente como algo liberador, es común que la madre aparezca en una posición diametralmente opuesta al sacrificio. Una mujer dice: “[...] crecí en la confianza del amor de mi mamá; creo que eso me marcó profundísimamente, porque para mí ese vínculo basado en la confianza entre ella y yo me construyó en la vida [...]. Yo me sentí totalmente acogida por ella [...], tuvo todo el espacio para mí [...]. En el fondo mi mamá vio en la manera como yo me desarrollé, la manera como ella hubiera querido desenvolverse.”

Se ha indicado que allí donde el sujeto no logra liberarse psíquicamente de la madre incorporada como soporte subjetivo del sacrificio, la verá como causa de estrago. Pero allí donde el sujeto siente que, en su experiencia vital, realiza un ideal liberador, en el que se ve alentado por su propia madre, ya no estará frente al estrago, sino, más bien, frente a una experiencia que, si bien exige consagración, no se siente como algo pesado. Así es como se puede construir confianza y arraigo en lo que se hace, en lugar de cultivar el resentimiento y la queja. Una mujer nos dice al respecto: “siento que, en el fondo, ella [su madre] siempre se sintió orgullosa de eso que yo hice y de lo que hacía”.

Cuando los roles tradicionales cambian

Una mujer, a pesar de estar embarazada, aceptó un trabajo en el extranjero como parte de un equipo internacional. “Viajé por el mundo con un bebé, hice cosas increíbles con un muchachito”. ¿Qué posición subjetiva es compatible con una decisión como la anotada? Una en donde la disyuntiva social entre la vida laboral y la vida doméstica no sea causa de conflicto. En el caso reseñado no fue necesario apartarse de la pareja, porque hubo una negociación solidaria conveniente para todos y así su compañero la pudo seguir bajo la figura legal de “padre de hogar”. Esta figura, allí donde existe, nomina a un hombre que se encarga del trabajo doméstico.

La emergencia del “padre de hogar”, de un padre que viene a ocupar el lugar que tradicionalmente han ocupado las mujeres, sin duda es uno de los efectos contemporáneos del ingreso de la negociación en la vida privada. Lo que se produce es una redistribución de las funciones, que no se lleva a cabo sin efectos diversos en la vida de la pareja.

Por otro lado, ha de anotarse que si bien el trabajo remunerado es visto como un principio de

independencia femenina, de oposición a identificarse a una vida en función de los otros, todo depende de la lógica en la cual sea inscrito. En aquellos casos en que entra a hacer parte de la misma lógica sacrificial que caracteriza a la abnegación materna, es común que las responsabilidades aumenten para una mujer. Deberá hacerse cargo de una doble obligación: la empresa y la casa.

Una mujer da testimonio de esto al señalar que le tocaba desempeñar el rol laboral y asumir también la carga adicional de llevar la casa y cuidar de varios hijos, sin ayuda de su esposo, quien trabajaba en otra ciudad. *“Al principio fue muy bien, pero me fue cogiendo como un agotamiento [...], física y mentalmente, era un peso muy grande, porque si yo no iba, no sabía si habían almorzado, si habían salido bien, que no les fuera a pasar nada para ir al colegio y eso se me fue como acumulando, tenía toda la responsabilidad”.*

Y agrega:

“Fue la época más traumática para mí, porque me tocó correr. [Los niños] se quedaban encerrados en la casa [...], yo salía al medio día a almorzar, corriendo para que ellos que salían [a estudiar] almorzaran [...] y salir a las seis de la tarde corriendo, esperarlos a que salieran del colegio para irme con ellos para la casa, y hacer la comida, lavar la ropa y todo”.

Otra mujer, para no quedar sometida a esa agotadora doble obligación, prefirió la negociación solidaria con su pareja, en lugar del sacrificio. Se produjo así una inversión de roles tradicionales: *“hicimos un acuerdo: [...] una división del trabajo en la cual yo trabajaba afuera, él estudiaba y se hacía cargo de la operatividad doméstica para el hijo”.* Cuando en la vida privada se lleva a cabo una negociación consistente en una inversión de roles, de tal manera que la mujer pase a *sostener* y el hombre a *cuidar* y a *limpiar*, esto no pasará sin consecuencias en la subjetividad de la pareja y habrá que analizarlo caso por caso.

Sostener no se inscribe psíquicamente con el mismo peso en un hombre que en una mujer; tampoco el hecho de cuidar o de limpiar. Para aquel, *sostener* es su manera de ponerse a la altura de lo que se le otorga en términos fálicos y viriles; en cambio, cuidar y limpiar, a no ser que se trate de una forma del hombre de ser solidario con su pareja cuando esta trabaja también por fuera de la casa, se sentirá como afección del narcisismo. Se infiere del relato de algunas de las entrevistadas que limpiar y cuidar, si se trata de una forma de compensar el hecho de ser sostenido, es una actividad que en nada enaltecerá a un hombre frente a una mujer y, de cierta manera, lo hará despreciable. Para un hombre, desde el punto de vista de su subjetividad, es mucho más favorable en términos narcisistas adoptar una posición de *sostén* que de sostenido. En cambio, para una mujer, se coloque o no en posición de madre, *sostener* suele representar un sobrepeso angustioso que le toca asumir cuando elige una pareja que no se pone a la altura de sus responsabilidades, o

que decide desertar.

Sostener viene del latín *sustinēre*, sustentar, de donde se deriva adquirir el sustento; (Robert, 1988: 1849) es dar a alguien lo necesario para su manutención, colocado en el lugar de un objeto preciado que no la consigue por sí mismo, por su indefensión, su niñez o incapacidad (en el caso de un hijo, por ejemplo). Pero sostener es también mantener firme una cosa, como asegurar la solidez de la casa, del hogar. Sostener no solo es sinónimo de orgullo y heroísmo; también puede ser, en sentido figurado, sinónimo de sufrir, tolerar, cuestión que evocará una “cruz a cuestas” y pondrá el trabajo en la serie del castigo. Entre el trabajar sentido como una maldición y el trabajar experimentado como liberación y forma de prestar apoyo, dar aliento y auxilio, hay gran diferencia. En el primer caso el afecto que acompaña la labor es de desgracia; en el segundo, de alegría y superación.

No todo logra entrar en el contrato doméstico

En la división del trabajo llevada al ámbito de la pareja, es común que se filtre una especie de maldición, es decir, algo que, por más negociación que se produzca, no permite que las cosas sean como se conviene, como si de todas maneras interviniera un mandato ajeno a la propia voluntad. Desde el punto de vista del psicoanálisis, ese algo que escapa a la negociación se denomina *plus de goce*, que es algo así como otra satisfacción distinta a la que se obtiene con la pareja.

El plus de goce es un más presente en toda relación y que no se deja legislar, porque no hace parte de un espacio de intereses discernibles, sino de la economía libidinal de la pareja como tal. Los roles, los espacios, el tiempo de cada uno, las obligaciones, pueden entrar en una negociación que implique una distribución equitativa; no así el plus de goce que cada uno pierde en la negociación y que no cede en querer recuperar individualmente por distintas vías.

En las negociaciones de cada día en la vida privada no dejan de presentarse dificultades, porque cada quien buscará hacerse a un plus que le permite recuperar algo de lo que tiene que ceder en la negociación. Esto mismo sucede en el proceso productivo, donde el trabajador, a partir del contrato establecido, debe aportar un plus que le queda al patrón para su disfrute y ese plus será vivido por el obrero como sobrecarga de trabajo. En el fondo, lo que cada pareja busca lograr con la negociación es algo imposible: una distribución equitativa del goce.

De acuerdo con lo que se dijo antes, los casos en donde, precisamente por la inversión de roles, es el hombre quien lleva la operatividad del hogar, es común encontrarlos en la actualidad. Si en su tarea no llena las expectativas de la mujer, se expondrá a la crítica permanente. “Él es una persona que tiene una manera de llevar el orden totalmente opuesta a la mía”. No llevar el orden como una mujer quiere, ya implica que el éxito de la negociación no sea el esperado, porque rápidamente aparecerá en escena una lógica invertida de poder y crítica: “[...] él usaba la ropa del bebé hasta que se ensuciaba el último trapo, y sólo en el momento en que se ensuciaba el último trapo pensaba que había que lavar; o usaba todos los platos y las ollas de la cocina y cuando el último plato se ensuciaba, por fin comprendía que había que lavar”.

Esa manera de una mujer hablar del trabajo doméstico de un hombre indica que ella se ha colocado como sujeto supuesto saber de lo que hay que hacer para ser eficiente en el cuidado de la casa y que ha pasado a ocupar el lugar de superyó de su pareja. La negociación, en este caso, le permite convertirse en un amo implacable que muestra la incapacidad de un hombre para cumplir con el ideal de limpieza y cuidado femenino. El resultado será que ese hombre, a los ojos de su mujer, pasará a ser una especie de retardado, sin sentido común, alguien que por no pensar ni comprender a tiempo se hace merecedor de un sermón permanente.

En los casos en que un hombre —padre de hogar— lleva la casa de manera desordenada y no logra comportarse como una dama, no aparece tan feminizado como para lograr mantener todo limpio y en su sitio, se volverá un dolor de cabeza para la mujer que sostiene con su trabajo la casa, a no ser que esta decida *transar consigo misma*, no reclamar y dejarlo que haga las cosas a su manera: “entendí que si yo quería defender mi trabajo, yo tenía que aceptar que si él se hacía cargo de la casa y del cuidado del niño, no tenía que ser bajo mis reglas, porque si no, yo lo iba... lo iba... me iba a enloquecer yo”. Lo que el testimonio referido nos enseña es que cuando una mujer decide negociar con un hombre la inversión de roles en la casa, ha de estar dispuesta también a establecer qué es para ella lo fundamental: una casa impecable y unos niños bien organizados, o el orgullo de sus conquistas femeninas a través del trabajo por el que ha luchado.

Hay mujeres que tienen con su trabajo una relación muy especial. Una entrevistada dice: “[...] para mí el trabajo siempre ha sido [...] una pasión porque no es rutinario; a pesar de que haces lo mismo, uno descubre a diario cosas [...]; por eso yo digo que nunca se me ha hecho el trabajo pesado. Yo amo ese trabajo, para mí se vuelve diversión [...]; es lo opuesto de estar encerrada, porque no es una rutina”.

Aquí el trabajo no es una carga adicional a las obligaciones del hogar, no es una cruz que se lleva por obligación, una aburridora rutina llena de explotación y subordinación, sino un lugar de satisfacción, de

reconocimiento y valoración.

En los casos en que una mujer llega a invertir el trabajo de una importancia superior a lo doméstico, no aprovechará la primera oportunidad para dejarlo, sino que, más bien, puede aceptar que su casa no sea la misma estando bajo su cuidado, que bajo el cuidado de un hombre que, además, no se ajusta a sus reglas. Aquí la transacción, en caso de darse para evitar la confrontación cotidiana, no se relacionará con un espíritu de condescendencia, sino con una conveniencia: “[...] yo hacía un viaje y sabía que él iba a tener dificultad para abrir la puerta porque había ropa tirada en el suelo, [...] las primeras veces me indignaba, me desesperaba y decía que yo no puedo vivir en este desorden, pero entendía que si yo quería defender ese trabajo tenía que aceptar”.

Tenemos un hombre que puede vivir sin problema con el desorden y una mujer a quien el desorden la enloquece, porque el único orden que le parece correcto es el que ella establece.

La manera de una pareja de convivir cotidianamente con la absoluta diferencia, es que cada uno decida transigir en aras de la conservación de un interés superior, por ejemplo, al orden. Allí donde para una mujer el orden es un a priori y para un hombre no, a ambos les toca hacer una concesión, si llegan a reconocer que es mayor la mortificación recíproca en caso de mantenerse el desacuerdo. La transacción no es solo con la pareja, sino, y sobre todo, consigo mismo. A cada uno le toca una negociación con su propio superyó, si quiere aceptar el goce diferencial del otro: “yo sabía que había cosas muy estructurales en él”. Este saber supone una renuncia a modificar el modo de goce de la pareja y permite, por ejemplo, la delimitación de dos mundos: el del desorden y el del orden.

“Actualmente hay unos lugares en la casa donde él tiene sus desórdenes, fuma cigarrillos y tira cuscas; mi manera de entrar en ese desorden es poner ceniceros, que esos cigarrillos vayan a los ceniceros”. Y añade: “Soy incapaz de vivir en el desorden”. Pero como este es admitido a condición de localizarlo, ya se está en el campo de una negociación consigo misma. Se mueve, entonces, tratando de restablecer un equilibrio estructuralmente imposible y solo realizable de modo frágil; hace las concesiones para distensionar el conflicto y continuar la vida que ha elegido: “son como tensiones constitutivas de la vida que yo he querido llevar”.

Otra de las entrevistadas, al hablar de la negociación de las dificultades cotidianas con la pareja, dice: “[...] creo que hay tensiones que no se resuelven, hay como tensiones constitutivas de la vida que [...] no voy a resolver. [Por ejemplo] que a él le produzca por momentos cierto escozor que yo me aleje porque evidentemente eso significa un costo para él. Globalmente hablando, tengo que admitir que he contado con

alguien que ha reconocido y le ve un sentido grande a lo que yo hago y lo valora”.

Igualmente, de sus hijos dice: *“Lo que ahora yo observo con ellos, sobre todo con los dos más grandes, es una valoración muy grande, como un orgullo de la mamá que tienen. Nunca nos sentimos abandonados. Percibo que se sienten orgullosos de tener una mamá que ha defendido un territorio”.*

Tanto en lo doméstico como en lo público, la introducción legal de una *negociación* posible, bajo la condición de un reconocimiento recíproco y su legitimación subjetiva por hombres y mujeres, cumple históricamente un papel determinante en el campo de las conquistas femeninas. Una mujer que se reconoce en desventaja con respecto a su pareja en algún aspecto de la vida que comparten, ha de disponerse a correr el “riesgo” de autorizarse a solicitar una negociación o, de lo contrario, elegirá el sacrificio como vía para hacerse amar y la queja por la posible injusticia del otro dominante.

Allí donde una mujer centra su deseo y su realización femenina por fuera de la maternidad, el servicio a los hijos y a la pareja en nombre del deber y el amor, se verá avocada a la negociación con su pareja. Pero, al mismo tiempo, suele encontrarse, para lograr asumir esta postura como una conquista que engrandece su ser, con dificultades que en nuestro tiempo ya no suelen ser de orden jurídico, sino de orden subjetivo.

En las entrevistas a algunas mujeres que han querido gentilmente contribuir con esta investigación, encontramos que algunas ven en la negociación una alternativa de paridad y otras algo a lo que no se autorizan subjetivamente. Esta circunstancia da como resultado dos tendencias discursivas, en las que se manifiestan posiciones singulares y opuestas en el plano familiar. Hemos encontrado que estas posiciones dan cuenta de un sujeto que resuelve de manera particular e incomparable la contradicción entre el *obstáculo* y la *conquista*.

Ahora bien, la *negociación*, mientras se mantenga dentro de ciertos límites equitativos de reconocimiento del otro, tendría entre sus funciones contribuir a limitar el goce pulsional de cada uno, es una herramienta cuya eficacia depende del compromiso de quienes participan en ella. En este sentido, la negociación contrasta con el sacrificio, pues se constituye ya no en el modelo social alienante de la identidad de género, sino en el paradigma social de las conquistas feministas. La negociación ha representado públicamente el contrato social mediante el cual las mujeres han sido reconocidas como partes a las que se les concede una validez; es decir, con derechos y deberes, fuerza de trabajo, derecho a remuneración, capacidad de palabra, de decisión, de voto y de ser elegidas a igual título que los demás.

Referencias bibliográficas

Coria, C. (1997). *Las negociaciones nuestras de cada día*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Miller, J.-A. (2004). *Psicoanálisis y política*. Buenos Aires, Argentina: Grama.

Robert, P. (1988). *Le petit Robert*. París, Francia: Robert.